

VINCENT, Bernard (2023). *Esclavitudes Ibéricas. Hacia una historia conjunta del fenómeno esclavista entre el mundo mediterráneo y el mundo atlántico (siglos XVI-XVIII)*. Rosario: Ediciones Prohistoria, Red Columnaria, Hya Ediciones, 282 pp. ISBN: 978-987-809-075-7.

La esclavitud y el cautiverio tuvieron una gran importancia en los territorios mediterráneos bajo influencia de la Monarquía Católica y en conexión con los circuitos del tráfico atlántico. Un fenómeno del que participaban numerosos intermediarios en ambas orillas, abordado por una amplia nómina de historiadores que han multiplicado sus publicaciones en los últimos treinta años. A las monografías de Alessandro Stella sobre el espacio peninsular y Salvatore Bono para el italiano, y el trabajo seminal de Domínguez Ortiz, hay que añadir una larga lista de autores que, como Nicolás Cabrillana, Francisco Andújar, Raúl González, Aurelia Martín, Manuel Fernández-Chaves y Rafael Pérez han analizado la cuestión para el Reino de Granada y Andalucía, o Rafael Torres, Vicente Graullera y Bruno Pomara para el levante peninsular, espacios donde la práctica esclavista fue especialmente intensa. Entre ellos sobresale el nombre propio de Bernard Vincent, uno de los grandes pioneros y especialistas en el estudio de la esclavitud y el cautiverio en los mundos mediterráneo y atlántico en época moderna. Su producción científica sobre la temática supera la treintena de artículos y capítulos de libro en los últimos cuarenta años, dispersos en diferentes revistas científicas y monografías

colectivas, lo cual complica el acceso a una obra que es de referencia y cita obligada para cualquier especialista. De ahí que nos felicitemos por la excelente iniciativa que Ediciones Prohistoria, en colaboración con Red Columnaria e Hya ediciones, ha tenido de seleccionar y editar dieciséis de esos trabajos, publicados en castellano y en francés entre 1987 y 2023, tres de ellos en coautoría. Un acierto tanto en la necesaria y cuidada compilación realizada por el editor como en la estructura del libro, dividido en tres grandes ejes temáticos que resumen los tipos de esclavitud en el ámbito ibérico entre los siglos XVI y XVIII.

La primera parte, dedicada a la esclavitud musulmana, está integrada por seis estudios. El primero, una referencia para los especialistas desde su publicación, ofrece una panorámica general de la esclavitud en el Mediterráneo europeo occidental entre los siglos XVI y XVIII que, en contra de lo tradicionalmente afirmado, no fue un fenómeno residual. Hubo miles de esclavos en ciudades y villas desde Lisboa, pasando por toda la costa sur y del levante peninsular, hasta las posesiones italianas de la Monarquía. Estos procedían, en primer lugar, del África subsahariana, seguidos de norteafricanos obtenidos en razzias y saqueos en el Magreb y actividades de corso. Analiza aspectos como la evolución de los precios y sus fluctuaciones, el perfil social de los poseedores, así como las fases por las que pasó la esclavitud, hasta su definitiva abolición a mediados del XIX. Los cuatro capítulos siguientes tratan los casos específicos de Málaga y Almería. Los dos de Málaga se basan en

un censo de esclavos berberiscos turcos y varones mayores de 14 años de 1581 y un recuento de la población berberisca libre y esclava de la ciudad de 1609, analizado por el historiador francés junto a Jorge Gil Herrera. Ambos censos, realizados a requerimiento de la Corona, debido a la importante presencia de moriscos y berberiscos en la ciudad, ofrecen datos muy interesantes. Los esclavos eran un 10 % de la población de Málaga a fines de XVI, la mayor tasa en territorio castellano, predominantemente jóvenes y procedentes del Magreb, dada su posición como centro redistribuidor de la esclavitud berberisca, lo que permitió una comunicación constante con sus zonas de origen, a fin de facilitar procesos de intermediación y de liberación de cautivos en ambas orillas. Los propietarios eran, en su mayoría, eclesiásticos y miembros de la administración local, pero también artesanos y campesinos, con una importante presencia de esclavos «cortados» que servían a jornal a terceros en tareas agrícolas, mercantiles y en el puerto. En opinión de Vincent, el de Málaga sería un caso claro de sociedad esclavista y altamente dependiente de esta mano de obra, integrada en los principales sectores productivos de la ciudad. En la misma línea, los dos capítulos sobre Almería, basados en documentación notarial y de registros parroquiales, demuestran la relevancia que tuvo la rebelión de las Alpujarras como fuente de provisión de esclavas y esclavos moriscos en la región, debido a la presencia de un importante colectivo de soldados y oficiales que aprovecharon las presas de guerra para enriquecerse. El

ejemplo almeriense rebate la tesis de que la esclavitud era un fenómeno eminentemente urbano, destacando el caso de Vera, donde una parte muy importante de la actividad notarial giró en torno a un mercado esclavista especialmente dinámico, en el que los propietarios, sobre todo militares, se deshacían rápidamente de sus presas y estas se revendían posteriormente fuera del reino a precios más elevados. Tanto Málaga como Almería tuvieron en común que, a pesar de las sucesivas órdenes de alejamiento de la costa de esclavos norteafricanos y musulmanes emitidas desde 1581 y durante la primera mitad del XVII, prevalecieron los argumentos de las oligarquías y los representantes de sus administraciones locales sobre cualquier criterio de seguridad, dada la fuerte dependencia de esta mano de obra. Se cierra la primera parte con el caso de los más de 4 000 remeros de 26 galeras del reino de Nápoles en 1585, del que extrae una serie de conclusiones: los jóvenes remeros esclavos, cuyos precios superaron a los de los esclavos domésticos, representaban algo más de un 15 % de los galeotes, de los que casi la mitad procedían del Mediterráneo oriental, marcados por cicatrices, heridas y mutilaciones que evidenciaban unas durísimas condiciones de vida. Éstas solían terminar con la muerte a bordo y, en muy pocos casos, con una posible operación de rescate, en el contexto de un complejo mercado de sucesivas ventas entre particulares y la Corona, del que todos sacaban beneficio.

La segunda parte, compuesta por cuatro capítulos, aborda la esclavitud y cautiverio de los cristianos en el norte de

África. Los dos primeros aclaran conceptos fundamentales sobre la cuestión en la segunda mitad del siglo XVI y a inicios del XVII. Ya fuese por sucesos como la derrota de Mostaganem de 1558 o por la actividad del corso y la piratería turco-berberisca, se trató de una realidad muy presente en la sociedad hispana, cuyas cifras son difíciles de evaluar. Vincent considera que los guarismos manejados por los especialistas que han estudiado a trinitarios y mercedarios en época moderna estarían por debajo de los más de 30 000 cautivos que estima fueron liberados por las órdenes redentoras. Además, a la iniciativa de éstas habría que añadir las de familiares y amigos, cuyas complejas y costosas negociaciones con intermediarios y hombres de negocios no se han podido contabilizar, las ayudas que Carlos V y su hijo concedieron puntualmente y las que dejaron en sus testamentos para liberación de cautivos —10 000 y 30 000 ducados respectivamente—. Precisamente, durante el reinado de Felipe II se llevó a cabo un mayor esfuerzo de racionalización y legislación, con un mayor control regio sobre las operaciones de rescate mediante licencias, registros, adjudicación de áreas de actuación y la priorización de colectivos como el de los militares. A partir del estudio de cuatro campañas de mercedarios entre 1601 y 1604, Bernard Vincent nos muestra que el rescate de las mujeres —más jóvenes que los varones— era más complicado, acompañadas en ocasiones de sus hijos. También que el tiempo de cautiverio fue mucho más largo de lo habitualmente asumido por la historiografía y que hubo una cierta

especialización de las distintas provincias de órdenes redentoras en determinadas áreas del Magreb. En el capítulo IX, único inédito del libro, Vincent aprovecha la rica información conservada en los expedientes de las ayudas que Felipe II otorgó a partir de 1552 a los cautivos del Reino de Granada. Con base en los testimonios de las probanzas e interrogatorios de tres cautivos de la costa, realiza un interesante análisis comparativo de sus relatos de vida y de las diferentes circunstancias en que se produjo su captura, cautiverio y posterior liberación: un joven motrileño con escasos recursos, cuyo rastro se perdió sin que sepamos de su liberación, que en una emotiva carta a su padre se lamentaba de sus penalidades y los tremendos abusos sufridos en casa «del rey de Argel»; un almeriense capturado y enviado a Tetuán, cuya familia se endeudó para lograr su redención y que terminaría su vida enfermo y pobre; y un vecino acomodado de Mojácar que, tras su captura y traslado a Argel, lograría huir junto a otros compañeros de cautiverio tras un accidentado y penoso periplo. Los tres ejemplos, diferentes entre sí tanto por su extracción social como por sus destinos, ponen sobre la mesa la estrecha vinculación que hubo entre el tiempo de cautiverio, el éxito o el fracaso de las empresas de rescate y las redes de intermediarios y negociadores que cada uno podía procurarse de acuerdo con sus recursos económicos. También permiten dudar de los rescates como fenómeno minoritario y de que la inmensa mayoría de cautivos acabaron insertándose en la sociedad islámica, pues hubo resistencias. Precisamente, a estas

se dedica el último capítulo de la segunda parte. Iban desde los motines, protagonizados con más frecuencia por aquellos cautivos cristianos que eran concentrados en las ciudades norteafricanas, las huidas, que dependían de la ayuda de redes de solidaridad, de informadores y colaboradores y que solían tener un mayor nivel de éxito si eran colectivas, pasando por medidas desesperadas como el asesinato de los amos, hasta llegar a los pleitos emprendidos por los esclavos contra sus amos, reclamando haber pagado su coartación, minoritarios pero bien conocidos gracias a los expedientes procesales.

La tercera y última parte, en torno a la esclavitud atlántica, consta de cinco trabajos. El primero ofrece una visión general del fenómeno esclavista en el Portugal de época moderna, destacando del papel de los portugueses en el desarrollo del comercio de esclavos en la Europa suroriental y la necesidad de acabar con la artificial separación entre la esclavitud marítima y atlántica y la terrestre y mediterránea. Portugal, y más concretamente Lisboa, con un 10 % de población servil en 1600, fue el gran centro de provisión del mercado esclavista negrero por suelo peninsular, donde se daban cita intermediarios y hombres de negocios españoles e italianos. En este contexto se situaría el caso excepcional, abordado en el capítulo XII, de Oquere Osinu, un «príncipe» del reino subsahariano de los Fanti, que acabaría recalando en Cádiz. Vincent relata aspectos de su vida previa al cautiverio, las relaciones con sus correligionarios, el excepcional tratamiento que se le dio

y reflexiona sobre la visión estereotipada de los esclavos negros, dadas las limitaciones de las fuentes procesales, destacando las posibilidades que este tipo de testimonios propician para conocer mejor la vida anterior a la esclavitud y su influencia en aspectos como las relaciones, las jerarquías y las solidaridades internas en las comunidades de negros. Una muestra evidente de esas solidaridades fueron las cofradías, tema que trata en el siguiente capítulo. A pesar de las dificultades que había para integrar a la población negra en el mundo de las cofradías, existieron más de medio centenar en la Península Ibérica, con una presencia importante en ciudades como Lisboa, Cádiz o Sevilla. Señala procesos de segregación entre minorías —mulatos, musulmanes blancos y negros—, los problemas económicos y los conflictos internos por los que pasaron algunas de ellas, y analiza los factores que propiciaron su desarrollo como marcos institucionales de solidaridad a la hora de facilitar casamientos como vías para la libertad, procesos de manumisión o asistir en los pleitos contra los amos, a la vez que sirvieron a las autoridades como instrumentos de control social para anular posibles motines y prácticas que se consideraban peligrosas. En el contexto de dichas cofradías se dieron los cultos a Benito de Palermo e Ifigenia, santos negros a los que dedica los dos últimos capítulos de la tercera parte. En el caso de Benito, hijo de libertos etíopes, nos ilustra sobre la recepción y extensión de su devoción en España, desde inicios del siglo XVII hasta su canonización en 1807, gracias

a la importante presencia de comunidades de negros, el impulso dado por los franciscanos y el deseo de la Monarquía de enfatizar el carácter universal de su evangelización. Estos factores, junto con la extensión de su devoción entre las cofradías de negros, propiciaron la difusión de su culto e imágenes, de hagiografías que reformularon sus orígenes y fijaron su imagen canónica, incluso en zonas donde la presencia de esclavos era apenas testimonial. El capítulo dedicado a Ifigenia es un estudio, realizado junto a Rafael Castañeda, de las imágenes de la santa en las monarquías ibéricas. Contiene una geografía y cartografía de las 76 imágenes que han podido catalogar, de las que más la mitad se concentran en el continente americano y solo dos en África. Reflexionan sobre el origen de la devoción en la Península, su definitiva expansión en el continente americano durante el siglo XVIII y los factores que pudieron influir en su relegación a un segundo plano y posterior «olvido», en relación con cultos como los de Benito de Palermo o Martín de Porres. A pesar de los esfuerzos de la orden carmelita por monopolizar y establecer un modelo normativo de representar a la santa, extendido a mediados del siglo XVIII por España e Indias, esta imagen no llegó a imponerse, como lo atestiguan los numerosos ejemplos que señalan de esculturas y pinturas que no se adhirieron a dicho canon en algunos templos de la América Hispana. Todo ello acompañado de quince ilustraciones a todo color de Ifigenia y un completo anexo en el que se detalla el emplazamiento, tipo de imagen y la fuente de

la que se ha obtenido la información. El volumen cierra con un capítulo, a modo de colofón, firmado junto a Cécile Vincent-Cassy. En él analizan la figura excepcional de Juan de Pareja como esclavo, modelo y pintor, en el contexto de la obra de Velázquez y sus estudios previos al retrato de Inocencio X y, a partir del documento de su ahorria, critican algunas de las interpretaciones clásicas sobre el personaje y sus orígenes —posiblemente moriscos—. Sitúan el caso en el contexto de la sociedad española del XVII, en la que solo los artesanos y artistas con cierto nivel económico podían permitirse mano de obra esclava y desarrollaron relaciones personales que pudieron derivar en su posterior libertad y formación socio-profesional, hasta alcanzar la condición de maestros pintores, como ocurrió con Pareja.

La obra que reseñamos posee la gran virtud de reunir una selección de trabajos que, algunos más antiguos, otros de más reciente edición, aportan revisiones historiográficas sobre la temática esclavista y del cautiverio, toda vez que abordan problemas conceptuales que han sido —y son— de gran utilidad, compartidos por buena parte de la historiografía actual. Es el caso de categorías como la de cautivo, que, en opinión de Bernard Vincent, siempre se había aplicado al cristiano esclavizado a la espera de su libertad en el Magreb, llevados por el sentido y la literalidad de las fuentes cristianas, cuando debe adjudicarse también al esclavo norteafricano en la Península, dada la cercanía a sus lugares de origen y la mayor esperanza de obtener una liberación

mediante la negociación y el pago de un rescate. Defiende, asimismo, una tesis que apuntó hace años y es asumida por muchos especialistas en la actualidad: la idea del esclavo doméstico reducido al marco familiar de los amos y como una suerte de bien suntuario no se sostiene. Muy al contrario, su actividad sobrepasó el ámbito del hogar para ejercer tareas muy duras en el campo, la construcción, las minas o labores de carga y descarga. Advierte de que es preciso tomar muy en cuenta factores como las diferencias entre el valor de uso y el valor de mercado, atendiendo a la edad y condición física de unos esclavos que, al fin y al cabo, fueron tratados como meras mercancías que era preciso rentabilizar. Y nos adentra en los complejos mecanismos que presidieron el rescate, marcados por procedimientos

que implicaron unos tiempos de espera entre la recaudación de las limosnas y la deseada libertad, mucho más dilatados de lo que pensábamos. Demuestra, en fin, que la esclavitud musulmana, la de los cristianos trasladados al norte de África y la atlántica no son nichos de investigación y marcos geográficos compartimentados y precisan de una visión global y coherente que permita establecer marcos de comparación y superar una división «artificial» entre los espacios europeo e indiano o las dos orillas del Mediterráneo. Mundos que estuvieron fuertemente vinculados e interconectados, como lo demuestra esta obra que invitamos a leer.

Antonio JIMÉNEZ ESTRELLA   
*Universidad de Granada*